

# MURDER



Hide

-3-

Jared

## Murder #03

"Estaba tan lleno de odio que no había lugar dentro de mí para sentimientos como el amor, la pena, la ternura, el honor o la decencia; de lo único que me lamento es de no haber nacido muerto."

Carl Panzram

Sí, por desgracia soy la persona que veis en esa sala.

Hoy, definitivamente, he muerto.

La mitad de mi existencia había sido un auténtico infierno y perdí las ganas de vivir hace ya mucho tiempo, pero aún así, no ha supuesto ningún consuelo.

Además, aunque parezca que ya no importa, las formas no han sido las más adecuadas.

Dejadme que os lo explique y lo entenderéis fácilmente.



La primera vez que sentí que iba a morir, que iba a acabar conmigo, fue cuando tenía 11 años.

Volvía del colegio a casa, cruzando el puente que se levanta sobre el pequeño río que atraviesa el pueblo.

No era muy largo, pero sí que contaba con una altura considerable respecto al río, cuyas aguas siempre fluían entre fuertes corrientes. Y allí estaba él, esperándome en el centro del puente, junto con otros tres niños. Todos tenían mi misma edad. Íbamos al mismo colegio pero nunca había mediado palabra con él.

- ¿Sabes nadar? Yo he apostado a que no.

Es lo último que recuerdo que dijo. Quizás lo único.

Me cogió de las piernas, con la ayuda de los otros niños, y me pusieron boca abajo en el borde del puente.

Yo estaba solo. Tenía amigos, ese no era el problema. Pero la casa de mis padres estaba a las afueras del pueblo, por lo que siempre iba y volvía al colegio solo. Y siempre cruzaba ese puente, cada día.

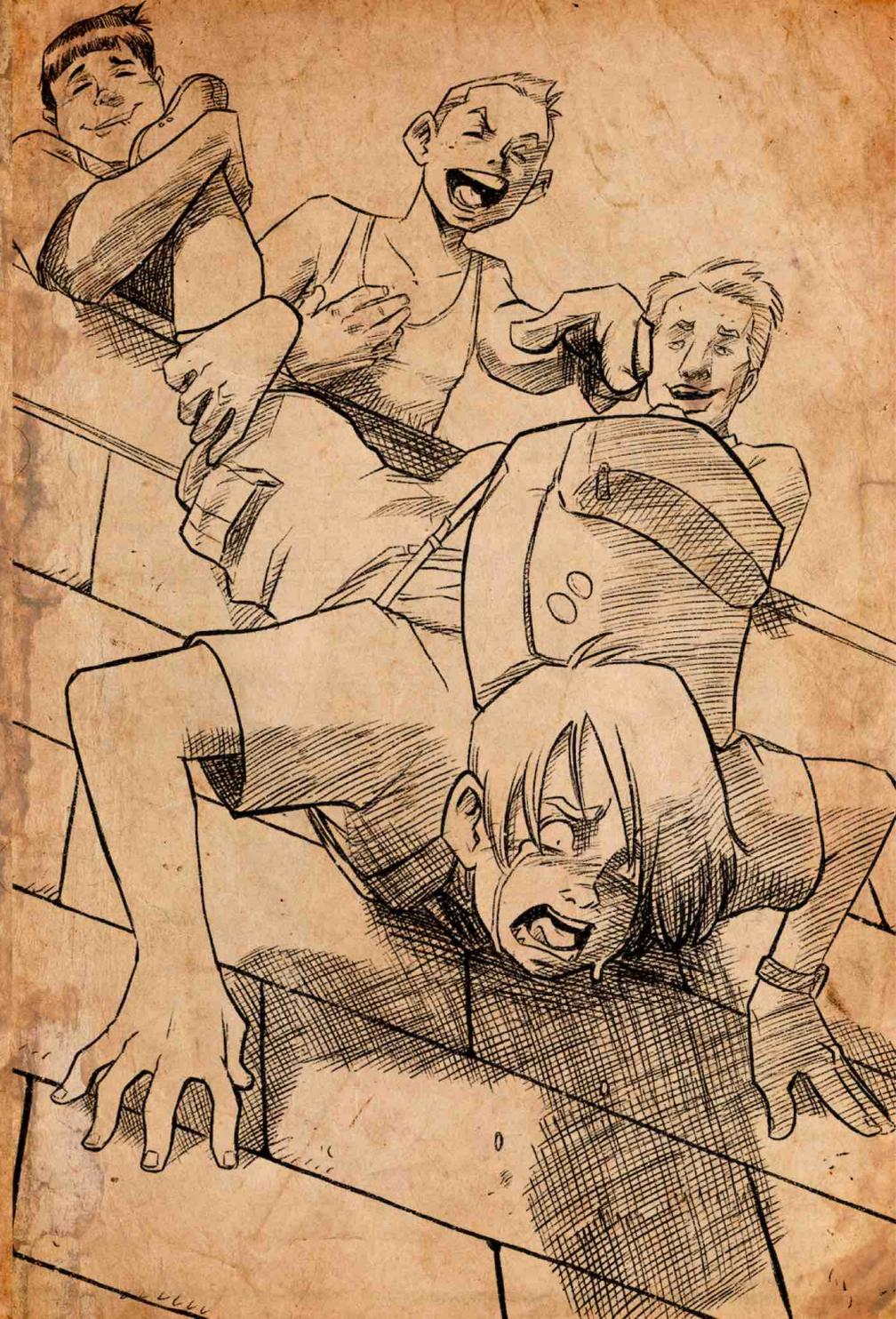
Y me soltaron.

Puede que penséis que a esa edad no se tiene consciencia de lo que es la vida, del miedo a que te la arrebaten, pero creedme, yo la tuve. Y ese preciso instante supuso el fin de mi infancia. No tenía por qué ser tan efímera, no me la tenían que arrebatar de una forma tan cruel y repentina. Pero nunca jamás volvió.

¿Por qué yo? ¿Por qué a mí?

Ni un solo día de mi vida he dejado de preguntármelo.

No me lo merecía. Nadie se merece esto.



Sobreviví al episodio del puente. La versión oficial fue que me caí al río. Pero por desgracia eso fue solo el principio.

A lo ocurrido en el puente se fueron sumando múltiples incidentes en los que su único cometido, su absoluta obsesión, fue succionar hasta la última gota de mis ganas de vivir.

Pero, poco después me di cuenta de lo ciego que estaba, ¡en el fondo tenía que estar agradecido! Esa era la época buena. A partir de los 14 años fue un paso más allá y logró la increíble heroicidad de ser capaz de albergar aún más maldad en su interior. Y ahí es cuando volví a estar a punto de morir.

Una fría tarde de invierno, apenas un par de días antes del día de navidad, salí de casa para dirigirme a la plaza que hay frente al ayuntamiento. Todas las navidades la decoran y llenan de puestos de comida y artículos navideños, y la mayoría del pueblo se congrega allí durante la festividad.

- Hace frío, ¿verdad?

Me estaba esperando al cruzar la última calle de mi vecindario. En ese momento supe que ese día no llegaría a la plaza.

- Quitate la ropa.

Ni siquiera pude negarme. No me dió tiempo. Apenas terminó de articular la última palabra se abalanzó rápidamente sobre mí y me golpeó. Una y otra y otra vez. No empleó nada más que sus manos y no necesitó ayuda de nadie más. Lo hizo durante cuatro minutos. Cuatro eternos minutos, sin parar.

Aún después de todo, sin saber si estaba muerto, si me había matado, me desnudó. Imagino que pensaría que sería aún más humillante para mí. Así que me quitó la ropa, se deshizo de ella y me dejó allí, desnudo y aparentemente sin vida.



Tras la paliza recibida en Navidad, la policía abrió una investigación y todo el pueblo se paralizó, consternado por lo ocurrido. Yo me limité a decir que no logré ver al agresor antes de perder el conocimiento y que, obviamente, no recordaba nada tras despertar varias horas después en el hospital.

Seguro que sois de esa clase de personas, la mayoría, que piensan que todo se solucionaría avisando a mis padres o denunciándolo a la policía. Y seguramente sea así, pero de mi boca nunca jamás salió nada relacionado con la persona que había estado a punto de matarme en varias ocasiones.

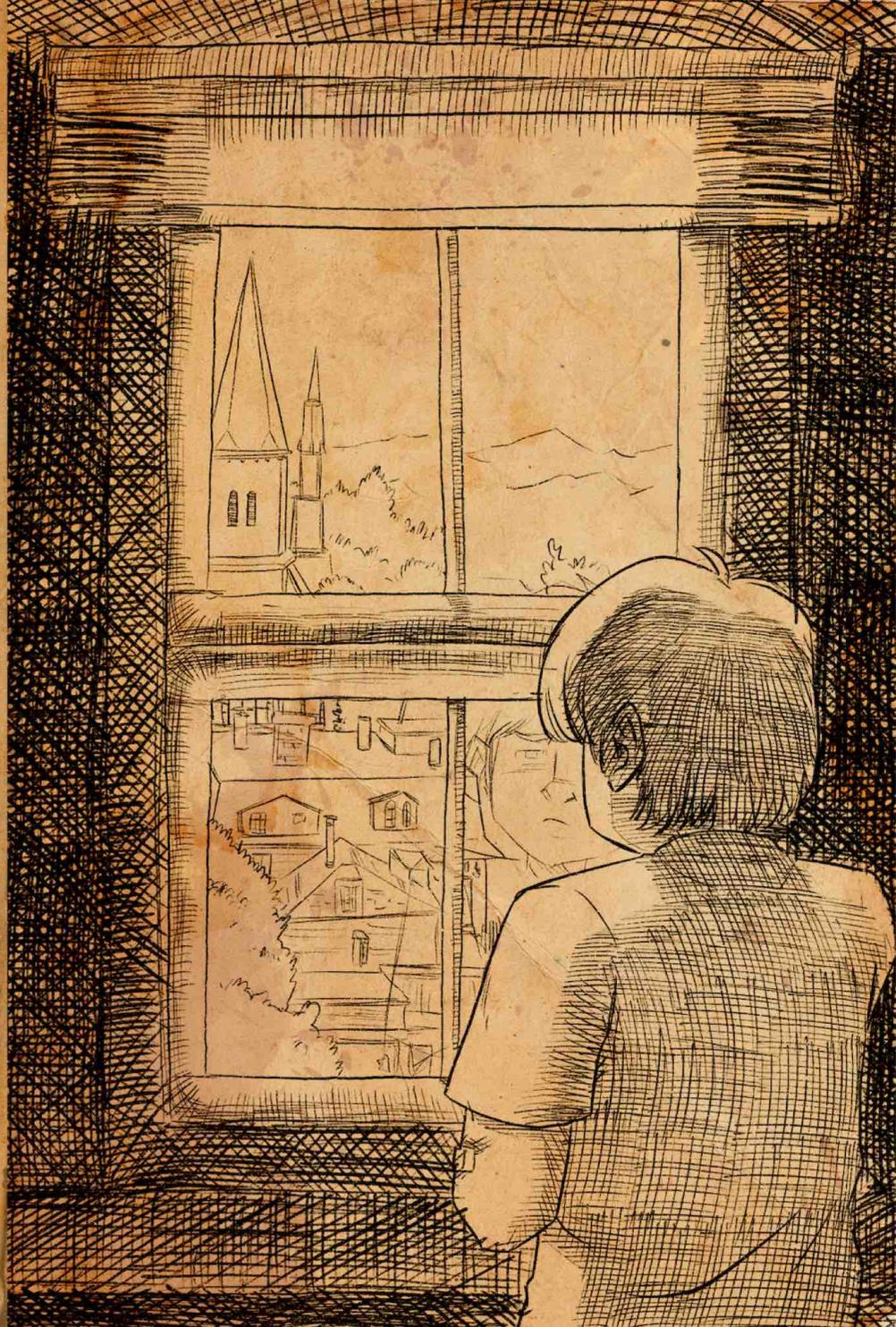
Era totalmente incapaz. No era miedo lo que tenía, era un terror absoluto, paralizante. Con cada episodio sufrido vas interiorizando en lo más profundo de tu ser el convencimiento de que si lo nombras, si lo acusas, todo irá a peor.

Fueron pasando los años y poco a poco fui, cómo decirlo... dejando de existir. No solo me recliné en casa, si no en lo más profundo de mi mismo. Evitaba salir, evitaba a la gente, y empecé incluso a evitarme a mí mismo. Lo fui perdiendo todo, y lo poco que había sobrevivido en mí durante esos años, se fue desvaneciendo.

Pero la situación no mejoró demasiado. Cada vez que me veía obligado a salir de casa, cada vez que me exponía, él estaba allí. Siempre lo estaba. Era como si su vida estuviera centrada exclusivamente en destruir la mía. Nunca le di un motivo, nunca hablé con él, nunca me enfrenté a él... Nunca sabré por qué lo hacía.

Se suele decir que la gente crece, que cambia. Él no. Él siempre fue a peor.

Así pues, solo me quedó una cosa a la que podía aferrarme. Durante tres años, todos y cada uno de los días, me despertaba con una única esperanza: "ojalá se haya muerto".



Y todo esto nos ha llevado al fatídico día de hoy.

Aunque en circunstancias normales apenas asistía a clase, estas ya se habían acabado hace semanas y si mis cálculos no me fallaban, llevaba 42 días completos sin salir de casa. De hecho, casi se puede decir que sin salir de mi habitación.

El agua caliente del baño de mi habitación estaba fallando desde ayer, por lo que me dirigí al de mis padres para darme una ducha. Habían salido a hacer unas compras, por lo que no tenía que preocuparme de avisarles de que iba a ocupar su baño durante un rato.

Para ser sinceros, la presencia o no de mis padres en casa no me importaba demasiado. Se preocupaban mucho por mí, obviamente, e intentaron hasta la extenuación poner todos los medios para ayudarme a salir del hoyo en el que estaba. El problema es que éste ya era demasiado profundo, y estaba sellado por arriba.

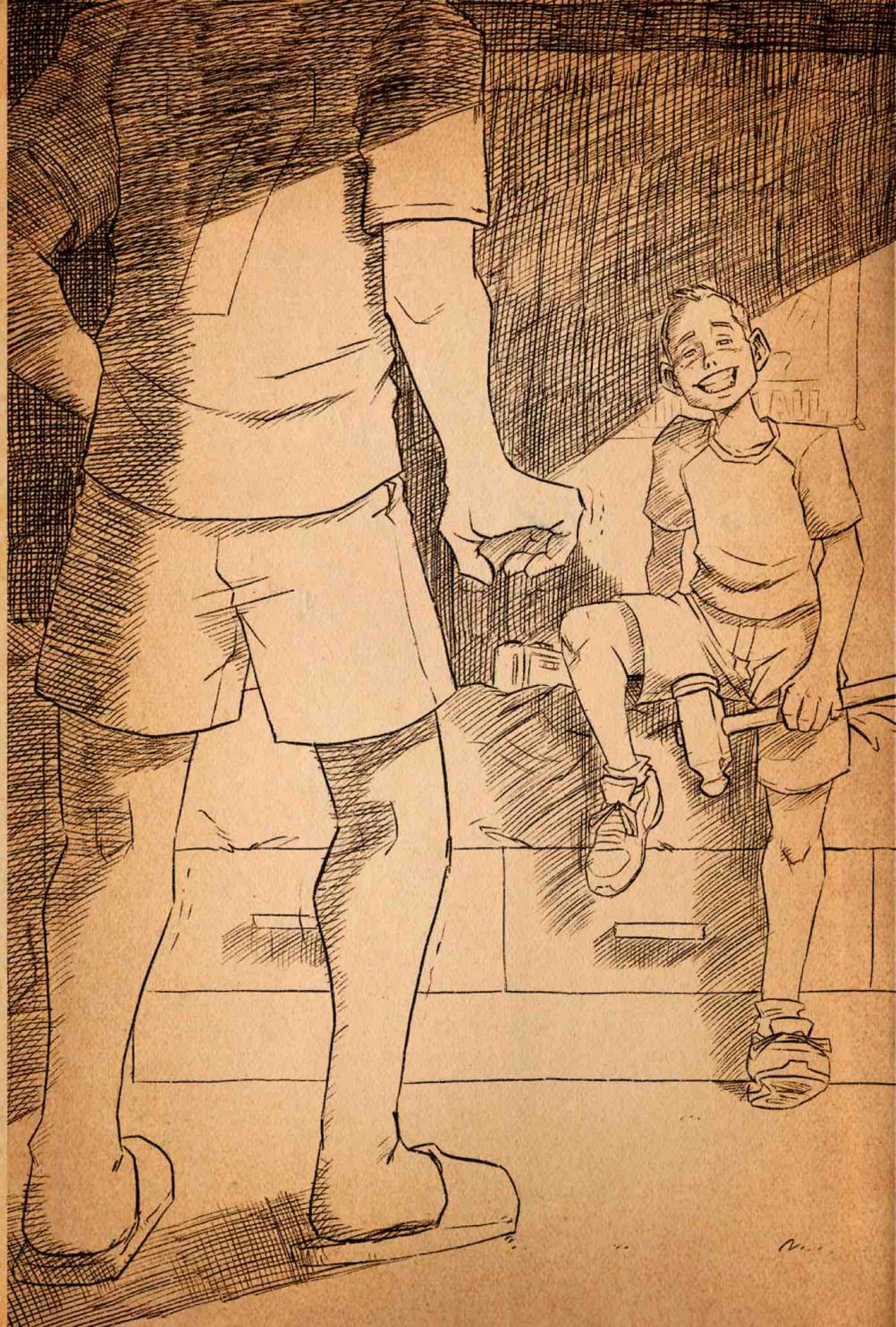
Apenas 20 minutos después había terminado, me había vestido y salía del baño para regresar a mi habitación. Y al entrar en ella, allí estaba él, sentado sobre mi cama. Me estaba esperando, y me miraba fijamente con esa maldita sonrisa dibujada en su cara que tantas veces atrás había presenciado, y que siempre era premonitoria del mayor de los infiernos.

Y sostenía un martillo. Un puto martillo casi del tamaño de una maza bailoteaba sobre sus manos.

Y esta vez sí. Esta vez supe que sería la definitiva.

En mi casa, en mi habitación, en el único lugar del mundo en el que por momentos había conseguido sentirme a salvo, donde había encontrado algo de paz.

Allí es donde iba a morir.



Hoy lo poco que quedaba de mí ha desaparecido para siempre.

Quiero dirigirme por primera vez en mi vida a ti, maldito hijo de puta. Has ido acabando conmigo lenta y cruelmente, me has ido arrebatando la vida a pedazos desde aquel día en el puente. Y finalmente lo has conseguido.

Hoy definitivamente he muerto.

Pero me gustaría preguntarte una última cosa: No me creías capaz, ¿verdad? Jamás hubieras pensado que pudiera utilizarlo contra ti. No te culpo, yo tampoco.

Tantos años sin defenderme, sin plantarte la más mínima oposición, te han llevado a este estado de absoluta confianza.

Ha sido una pena que tras romperme los dedos de una mano decidieras hacer una pausa para fotografiarme. Siempre te ha gustado recrearte. Es una pena, pero no era una buena idea dejar el martillo cerca de donde me encontraba.

Como te decía, hoy definitivamente he muerto.

Pero tú también.

